

conservadores: en Cutzamala fueron derrotados por el coronel Montaña y el teniente coronel Abascal los constitucionalistas que mandaba D. Luis Mejía; aunque quedaron prisioneros noventa y tantos hombres, entre ellos algunos jefes y oficiales, los vencedores no mancharon su triunfo con el asesinato de los prisioneros. En San Gaspar el General Vicario derrotó al liberal Fandiño haciéndolo prisionero en unión de algunos oficiales.

Al terminar el año de 1859 el gobierno de Miramon era dueño de la mayor parte del interior del país con excepción de Morelia; en las costas del Golfo los liberales poseían á Veracruz y Tampico y en la frontera aparte de Sonora y Chihuahua, donde mandaban Pesqueira y Ojinaga que no caminaban muy de acuerdo con Don Benito Juárez por el tratado Mac Lane; Vidaurri guardaba una actitud de expectativa y neutralidad en Nuevo Leon, y aunque no se atrevía á romper abiertamente con Juárez, procuraba aniquilar los últimos restos de las tropas de Aramberri y tenía listas sus fuerzas que formaban el "Ejército del Norte" para estar listo para cualquiera emergencia que pudiera ocurrir por el lado de los Estados Unidos, donde se iban acumulando tropas con pretexto de las correrías de D. Juan N. Cortina.

Alatríste, gobernador de Puebla, desconoció á Juárez y situó su Gobierno en Zacapoaxtla, si bien á los pocos días fué destituido y obligado á huir por las tropas de Carbajal.

Las escuadras extranjeras permanecían frente á Veracruz dispuestas á tomar parte en la contienda si los desafueros que se cometían con sus nacionales llegaban al extremo y la idea de una intervención europea en México, idea que hacia tiempo existía en los gabinetes de las grandes naciones de Europa, iba extendiéndose más cada día en vista de la preponderancia que adquirían los Estados Unidos y de las intenciones ya nada ocultas que tenían respecto de México.

El gobierno conservador iba á tentar el último esfuerzo para anonadar á los liberales, ocupando á Veracruz y consiguiendo á duras penas el dinero necesario; en tanto que organizaba las fuerzas que debían atacar por tierra á la plaza, enviaba á la Habana al contra-almirante D. Tomás Marín para que se hiciese de dos buques á fin de estrechar el sitio por el lado del mar.

Tal era la situación de México en los primeros días del año de 1860, cuando el secretario de Mac Lane entregaba en Washington el tratado concluido con Ocampo y el Senado norteamericano se ocupaba de discutirlo.

### XXX

Abiertas las Cámaras de la Union Norteamericana el primer lunes de Diciembre (día 5) de 1859 para dar principio á las tareas legislativas del XXXVII Congreso, desde luego se reflejó en los miembros que las componían, los encontrados sentimientos que agitaban á esla Nación entera y

que debían producir la formidable escisión que se conoce en la historia de aquel pueblo con el nombre de «guerra separatista». Buchanan leyó su mensaje de costumbre ante la Cámara de Representantes, pues la de Senadores, por causa de la rivalidad declarada entre demócratas y republicanos no pudo reunirse y empezó á funcionar sino hasta pasados algunos días.

El discurso del Presidente no era de lo más á propósito para calmar los ánimos y la no encubierta satisfacción con que hablaba del sesgo que se había dado á la ruidosa cuestión de Kansas (1) que preocupaba á todo el mundo y que fué de las muchas causas que provocaron la guerra civil, acentuó más la irritación de los partidos. Prueba de ello fué la reñida discusión que hubo en la Cámara de Representantes sobre el nombramiento de Presidente de ella, y que tardó más de un mes en resolverse, resultando al fin nombrado para ese puesto Mr. Galusha A. Grow, de Penn silvania.

La Cámara de Senadores, que tardó más en reunirse que la de Representantes, no tuvo que pasar por esas disputas, pues su presidente nato según la Constitución, era Mr. Jhon C. Breckennage, de

[1] La cuestión de Kansas se originó con motivo de que al tratarse de la admisión de ese Estado, se ostentaba que previamente se decidiera la cuestión de la esclavitud en él, pues los republicanos sostenían que esa resolución era requisito indispensable para la admisión, en tanto que los demócratas sostenían que era cuestión local que á la Constitución del Estado tocaba resolver. Esta última opinión que prevaleció era la que Buchanan daba á conocer al Congreso, así como la Constitución de Kansas, ratificada el 14 de Octubre de 1859.

Kentucky, furibundo esclavista y uno de los principales personajes del partido demócrata.

En medio de tal estado de ánimos empezó el Senado á ocuparse del tratado Mac Lane-Ocampo, desde luego pasó á la comisión de Relaciones Extranjeras para que ésta formulase dictámen; esta comisión estaba compuesta de los Sres. Masson, Seward, Slidell, Polk, Crittenden y Douglas. Dos de estos hombres son bastante conocidos: Seward, que ya era entónces notable, más tarde fué secretario de Estado del Presidente Johnson y tuvo poca parte en la retirada del ejército francés, de México; el otro, Slidell, había sido Ministro Plenipotenciario en nuestro país durante la administración de Polk, ántes de la guerra con los Estados Unidos.

La comisión, no considerando suficientes los datos que se le habían pasado, consultó con el Senado y éste aprobó, que se pidiesen al Ejecutivo los antecedentes necesarios y el 10 de Enero de 1860, Buchanan remitió toda la correspondencia sobre asuntos mexicanos, acompañada de un mensaje en el que encarecía la urgencia del despacho del tratado é insinuaba la idea de lo fácil que con él era adquirir á costa de México dos Estados más, en los que «naturalmente se introduciría la esclavitud» como decían algunos periódicos de la Union Norteamericana.

Pero el Senado, despues de haber mandado imprimir el tratado y la correspondencia, dejó pasar algunos días, esperando según algunos, el resulta-

do de la campaña que el General Miramón iba á emprender sobre Veracruz, y entretanto se ocupó de asuntos que juzgó más importantes y que en realidad lo eran. Además, Mac Lane había regresado á los Estados Unidos y muchos demócratas querían saber de sus labios la verdadera situación de Juárez y las probabilidades que tenía de triunfar. Los republicanos por su parte, no se descuidaron en buscarle tropiezos al Presidente Buchanan con pretexto del tratado, y uno de ellos fué pedir al Secretario de Estado, Mr. Cass, que remitiera al Senado copia de las instrucciones que se habían dado á Mac Lane al ser enviado como plenipotenciario á México. El departamento de Estado no pudo dar cumplimiento á este acuerdo del Senado y nunca remitió esa copia, á causa, según se dijo por la prensa de los Estados Unidos, de que esas instrucciones no habían autorizado á Mr. Mac Lane á reconocer á Juárez y á celebrar el tratado.

Nosotros dudamos de que esa fuese la verdadera causa, pues la conducta de Buchanan y su gabinete para con México, autoriza á creer que Mac Lane no llevaba á Veracruz otros objetos que los dos indicados. Lo que en nuestro concepto motivó esa demora, fué el temor de que viese el Senado esas instrucciones, contrarias á la política de los Estados Unidos y por ellas se le hiciesen fuertes cargos á Buchanan.

Pero los sucesos de México iban á precipitarse: Miramón, al frente de siete mil hombres, iba sobre

Veracruz donde reinaba el desaliento y pocos eran los que dudaban que la plaza caería en poder del *jóven Macabeo*; entónces los demócratas hicieron un esfuerzo supremo para auxiliar siquiera moralmente á Juárez y consiguieron que la Comisión presentase su dictámen el 24 de Febrero.

Mas el dictámen no era el más á propósito para recomendar el tratado. Mr. Massón, (de Virginia) ardiente demócrata, Presidente de la Comisión, al sostenerlo dijo que daba cuenta con el acuerdo de la mayoría de aquella, con profunda pena, pues veía que el pacto celebrado en Veracruz, se separaba bastante de la política que hasta entónces habían seguido los Estados Unidos en sus relaciones internacionales, y que ese paso no podía menos que tener desastrosas consecuencias en lo futuro. La minoría de la Comisión, enemiga del tratado, en vista de esta opinión, consideró hasta inútil formular dictámen especial y esperó á que empezase la discusión para atacarlo.

Después de las lecturas reglamentarias, empezó la discusión el 28 de Febrero y continuó durante el siguiente día. Mr. Finghall, de Texas, demócrata, fué el primero que atacó al tratado diciendo que él se opondría á la ratificación hasta que no hubiese en México un gobierno bastante fuerte para hacerse obedecer en todo el país y bastante respetable para que se pudiera tratar con él sin exponerse á que la Nación rechazase el tratado; que entre tanto que esto no sucediera era hasta indigno que el Senado se ocupase de él y lo discutiese.

Mr. Pugh, de Ohio, demócrata también, manifestó por su parte, que el tratado tal como estaba, era inaceptable, y que él, sólo le daría su voto, cuando hubiera sido reformado convenientemente.

El artículo en que se estipulaba el pago de cuatro millones de pesos á México, fué el más rudamente atacado y el que provocó una discusión más acalorada, como si fuera tan oneroso á los Estados Unidos dar esa cantidad en cambio de tantas ventajas que obtenían, pero acaso habrían pasado por ese artículo, si no hubiese suscitado la oposición un argumento formidable que hizo más mella en el ánimo de aquellos hombres prácticos, que todos los discursos que hasta entonces se habían pronunciado.

Mr. Simmons, de Rhode Island, republicano, considerando la cuestión bajo el aspecto económico, se apartó de la opinión de sus colegas y la planteó en estos términos concretos, después de un largo discurso: "No se trata de política internacional, ni de adquisición de territorio, ni de esclavitud, ni de otras cuestiones que por muy importantes que sean pueden calificarse de secundarias; de lo que se trata es de cambiar por completo el sistema rentístico federal de los Estados Unidos y de convertirnos, de proteccionistas que hemos sido y á cuya práctica se debe el progreso industrial de Nueva Inglaterra, en libre cambistas cuando aún no podemos competir con las Naciones manufactureras de Europa. En efecto, tenien-

do en muchos de nuestros tratados la cláusula de la Nación más favorecida, apenas ratificado el tratado de Veracruz, Inglaterra, Rusia, Francia, España, Prusia y todas las Naciones que tienen esa cláusula, querrán que se haga extensiva á ellas y entonces resultará que nos veremos obligados á establecer el libre cambio con muchos países y respecto de muchos objetos que vendrán del extranjero á competir con los similares nacionales y que sobre mermar considerablemente las rentas de las aduanas federales arruinarán muchos de los ramos de la producción nacional."

Este argumento, verdaderamente formidable y sin contestación en un país donde los intereses materiales son tan considerados, fué de mucho peso é influyó de un modo muy poderoso en la suerte del tratado, cuya discusión fué diferida indefinidamente, en tanto que el Ejecutivo enviaba las instrucciones dadas á Mac Lane, que aquel cuerpo había pedido.

Buchanan, que probablemente contaba con esta demora, con anticipación había enviado por los conductos debidos, órden á los comandantes de los buques de guerra norteamericanos, fondeados frente á los puertos mexicanos, para que desembarcasen sus tripulaciones si los intereses de los ciudadanos de la Union se veían amenazados por cualquiera causa. Esto no era más que un pretexto para impedir que Miramon ocupase á Veracruz, como se vió palpablemente seis días después de diferida la discusión en el Senado.

Los deseos de Buchanan se vieron realizados aún más de lo que él esperaba, por las condescendencias del Capitan Jerwis, que viendo que el ataque principal de Veracruz no iba á ser por tierra, dió orden al comandante Turner para que capturase á los buques del contra-almirante Marin, que el día 5 de Marzo habíanse presentado frente á Veracruz é ido á anclar en el fondeadero de Anton Lizardo. Aunque ya en un estudio anterior nos hemos ocupado extensamente de este episodio, como el plan de él se redujo á darlo á conocer tal como ocurrió para que en lo de adelante no hubiera lugar á dudas, ocasion es de hacer algunas reflexiones acerca de él, ahora que con motivo del más extenso sobre el tratado de Mac Lane, hemos tenido ocasion de conocer muchos antecedentes.

El atentado de Anton Lizardo fué una consecuencia lógica del tratado, (1) aserto que los liberales se habían empeñado en negar obstinadamente hasta hoy, atribuyendo toda la responsabilidad á Jerwis que lo efectuó y á Marin, que dicen lo provocó disparando sobre el "Saratoga," lo cual no es cierto. El Presidente Buchanan, tanto para obligar al Senado á que lo autorizase para disponer del ejército de los Estados Unidos, como hacerle ver que el único gobierno de México con quien se podía tratar era el de Juárez, estaba

(1) Y además, un medio de que se valió Buchanan para obligar indirectamente al Senado para que coadyuvase á sus fines y ratificase el tratado.

dispuesto á sostener á todo trance á éste y á hostilizar á Miramón de cuantas maneras pudiera, aun provocando un conflicto. Si en Anton Lizardo el "General Miramon" y el "Marqués de la Habana" logran salir de la rada y escapar por tanto de los cañones del "Saratoga," como el "Indianola," abanderado norteamericano, fué atravesado de parte á parte por el cañonazo que disparó el Capitan Martos, el Gobierno de los Estados Unidos había puesto el grito en el cielo y afirmado que se había cometido un atentado con su marina y acaso hasta habría conseguido que el Senado hubiera declarado la guerra á Miramon es decir, á México.

Pero la escuadrilla fué capturada y las oportunas protestas de los marinos franceses, ingleses y españoles situados frente á Veracruz, hicieron comprender á la parte ilustrada de los Estados Unidos las verdaderas intenciones de Buchanan y el juego á que se entregaba para preparar el terreno en las próximas elecciones, y la opinion pública y el Senado acabaron por decidirse enteramente en su contra.

Y el tratado de Veracruz, que tan mal recibido fuera por esa corporacion, quedó irrevocablemente desechado: en vano fué que su principal enemigo, Mr. Simmons, se resolviese á última hora á defenderlo y aun que propusiese algunas enmiendas aprobadas por el Secretario de Estado Mr. Cass y por Don José María Mata; en vano tambien que ya reformado se presentase nuevamente á la dis-

ción; fué desechado por una gran mayoría de votos, entre los que se contaron los de algunos demócratas, y el tratado fracasó en medio del mayor ridículo, y algo más, de sus autores.

XXXI

Los sucesos de Anton Lizardo apenas provocaron una ligera discusión en el Senado; pues este cuerpo, avergonzado de ellos, no quiso darles mucha importancia, máxime cuando Buchanan, que aprobó la conducta de los marinos de la «Saratoga,» podía haber hecho de ellos una arma de partido y tachar al Senado de poco patriota; así es que aunque relacionados con el tratado, pasaron casi desapercibidos; no obstante, contribuyeron en gran parte, á que el Senado definitivamente se resolviese á rechazar aquel pacto.

En la sesión extraordinaria que celebró el Senado norteamericano el día 31 de Mayo de 1860 quedó definitivamente rechazado el tratado concluido entre los Señores Ocampo y Mac Lane. En esta sesión el Senador Masson, presidente de la comisión de Relaciones, encareció la necesidad de que se tomara una resolución acerca del tratado tanto para que el Ejecutivo pudiera saber la línea de conducta que tenía que seguir en los asuntos de México, cuanto porque ya estaba para expirar el plazo estipulado en aquel pacto para su ratificación.

Desde luego se suscitó una discusión acalorada en la que el principal campeón del tratado fué Simmons, el mismo que tres meses ántes lo combatió tan rudamente, pero la oposición de Finghall, de Texas, de Hammond, de Carolina, que demostró los perjuicios que á la existencia de la Unión norteamericana acarrearía la adquisición de México; y de Seward que puso de manifiesto los inconvenientes de un tratado celebrado con un partido que de un momento á otro podía ser vencido y los peligros que había de una guerra con México; la oposición decimos, que supo aprovecharse hábilmente de los defectos del pacto y de las circunstancias por que atravesaban los Estados Unidos, triunfó al fin, y el tratado fué desechado por veintisiete votos, entre ellos seis de demócratas, por diez y ocho.

Al día siguiente, la noticia del fracaso publicada en los periódicos norteamericanos, fué propagada por todas partes, llegando á México y Veracruz en los primeros quince días de Junio. En México causó grande alegría y en Veracruz profundo estupor, pues aún abrigaban los liberales alguna esperanza de que el tratado pudiera pasar con las reformas propuestas por Simmons y aprobadas por Don José María Mata. Algunos de los diarios que se publicaban en Veracruz, pretendieron negar la noticia, pero ese débil recurso no pudo engañar á nadie pues en breve llegaron periódicos de los Estados Unidos con los detalles de la resolución del Senado.

Y entónces se operó una reaccion que no tiene nada de notable cuando se conoce el corazon humano: muchos de los que ántes eran decididos partidarios del tratado, se mostraron enemigos de él y decían en alta voz que jamás habían opinado que se celebrase, por los muchos perjuicios que causaba á México; nadie ó casi nadie tuvo el valor de sostener sus opiniones y ninguno quería que le tocara la más mínima parte de responsabilidad en lo que había sido calificado de traicion á la patria.

Los conservadores por su parte se entregaron á una alegría que llegó á ser extremada y aun poco justificada: cierto que el tratado había sido rechazado; pero debían de comprender que la ayuda de Buchanan á los liberales no había de faltarles, aun atropellando toda clase de consideraciones como sucedió en Anton Lizardo; debían imaginarse que aunque no vinieran ya tropas de los Estados Unidos para combatir por Juárez, si seguirían llegando á Veracruz armas, municiones y dinero; y por último que la situacion no había mejorado gran cosa y que del esfuerzo que ellos hicieran dependía el término de la revolucion. Pero no se dieron cuenta exacta de esto: creyeron contar con el apóyo moral (que juzgaron decisivo) de Europa, por la conclusion del tratado Mon-Almonte y la llegada del Embajador español Sr. Pacheco; hablaron de un tercer sitio á Veracruz, cuando la estacion no era favorable ni tenían recursos para ello; contaron demasiado con

la actitud pasiva de Vidaurri y sus tenientes en la frontera del Norte y con la division que se notaba entre los liberales, por los rumores de la llegada al país de D. Ignacio Comonfort y por los frecuentes cambios de Ministerio en Veracruz, y en realidad no hicieron nada de provecho ni se percibieron de que la tempestad se formaba y estaba próxima á descargar sobre sus cabezas, por haber dejado pasar el momento favorable para dar el golpe de gracia á los constitucionalistas.

Efectivamente, el tratado al ser rechazado había dejado de ser un arma poderosa para los conservadores, arma que utilizada de una manera conveniente habría permitido tomar á Veracruz cuando el país estaba indignado, decidir á Vidaurri en su favor y batir las cortas partidas liberales que hubieran quedado en pie.

Pero las cosas pasaron de otro modo y la fortuna empezó á ponerse de parte de los constitucionalistas: González Ortega obtuvo una victoria en Pinos y mediante ella pudo reunir diversas fuerzas que emprendieron operaciones de importancia y que formaron el núcleo del ejército que ocupó la Capital; á poco los liberales eran dueños de Zacatecas, San Luis y Aguascalientes, aparte de Morelia que siempre habían ocupado. El adalid de los conservadores, el general Miramon, se situó en León con el fin de oponerse al avance de González Ortega que ya tenía reunidas las fuerzas del Norte al mando de Zaragoza, las de Guanajuato mandadas por Antillon y Do-

blado y las de Toluca y Michoacan por Bertiozábal: el diez de Agosto se encontraron las fuerzas de ámbos caudillos en Silao, donde quedó derrotado Miramon por haber la caballería conservadora interpretado mal una órden que se le dió.

En esa batalla hubiera quedado resuelta la cuestion si González Ortega hubiera sabido aprovechar su triunfo; pero vaciló entre tomar á México ó Guadalajara y dió tiempo á que Miramon organizara un nuevo ejército que fué derrotado en Calpulálpam y dió por resultado la ocupación de la capital.

Cuando la causa conservadora estaba agonizante, los liberales más exaltados buscaron ó trataron de buscar una solucion al conflicto, tratando de que los partidos llegaran á un avenimiento: el más decidido partidario de este proyecto fué D. Santos Degollado que se puso en relaciones para ello con Mr. Mathews, encargado de negocios de Inglaterra; tambien fué partidario de él D. Miguel Lerdo de Tejada y otros. El gobierno de Miramon aceptó el proyecto en el que intervinieron los representantes diplomáticos; pero Juárez, que veía cercano el término de sus afanes y que temió perder la presidencia cuando iba á estar más seguro de ella, lo desaprobó por completo, y destituyó á Degollado del mando y de todas las facultades que le había concedido. Lo más curioso es que en la comunicacion donde se daba cuenta á Degollado de esta destitución se decía..... "hoy, sin fundamento alguno, sin motivo plausible, se ale-

ja V. E. momentáneamente de sus antiguas creencias, y olvidando los sacrificios que ha hecho la nacion, no teniendo para nada en cuenta *más de dos años de sangrienta guerra*, propone V. E. no sólo la pérdida de las libertades públicas, *sino tambien la humillacion de la soberanía nacional comprometiendo gravemente LA INDEPENDENCIA DE LA PATRIA*. S. E. el Presidente deplora, como debe hacerlo, este desbarro, y siente infinitamente que V. E. que, por su constancia y otras virtudes cívicas, había logrado merecer la estimación y la confianza de sus conciudadanos, haya así descendido de un modo violento é inesperado *hasta mancharse con una defeccion tan incalificable.*"

Si tan duramente calificaba Juárez el proyecto de Degollado, que en nada atacaba la soberanía é integridad de México, ¿qué no merecería él que se le dijera por haber comprometido esa soberanía é integridad?

No merecía ciertamente Degollado tan duros reproches, pues el proyecto de pacificacion nada tenía de antipatriótico, ni ménos el más á propósito para lanzarlos era Don Ignacio de la Llave, (que firmaba la comunicacion), que se había embarcado en la «Saratoga,» que en lo de Anton Lizardo había humillado profundamente la soberanía nacional y atentado á la independencia de la patria, y que en esa accion recibió una herida en el rostro.

La virulencia de la comunicacion y lo poco feliz que estuvo en ella su autor, así como los an-



tecedentes de él, demuestran que Degollado incurrió en el desagrado de Juárez, no tanto por querer pacificar el país, sino porque en el plan de pacificación se proponía que en un mismo día habían de cesar los gobiernos de Miramon y de Juárez y uno distinto los había de sustituir.

Una vez los liberales dueños de la Capital, procuraron dar al olvido el tratado Mac Lane que tantos disgustos les había causado; acaso entonces era cuando pensaban poner en práctica aquella promesa de Ocampo: "Cuando la República haya conseguido por un esfuerzo más, sugetar ó convencer á aquellos de sus hijos extraviados... sabrá distinguir los actos que la salvan de los que la destruyen y consagrar los que le sean útiles"; mas como el tratado no fué ratificado, esta promesa no pudo llevarse á cabo, lo cual, entre paréntesis, fué mejor, pues evitó la guerra internacional que el no cumplimiento de él nos hubiera costado.

Pero aun había entre los mismos liberales quien se acordaba de él y presto se presentó la oportunidad de hacer una alusión al tratado. El Congreso, convocado á raíz de la entrada de Juárez á México, pudo organizarse y empezar á funcionar hasta el 6 de Mayo de 1861, y desde luego dió á conocer que á pesar de estar compuesto casi en su totalidad de liberales, no había cohesión en él y que Don Benito Juárez contaba cuando ménos con la poca voluntad de muchos de los diputados que lo formaban: la primera señal de esa

mala voluntad fué el decreto que á pesar de ruda oposición votó, relativo á que desde el 9 de Mayo el Ejecutivo no podía expedir leyes ni decretos, aunque unos y otras los hiciese aparecer con fecha posterior

Pocos días despues, como el Gobierno pidiese facultades extraordinarias y la suspension de las garantías individuales con el pretexto de aniquilar á los reaccionarios que aunque habían sido arrojados de la Capital, seguían combatiendo en diversos puntos del país, se suscitó una acalorada discusión que duró varios días y que atrajo la atención pública por las ideas que en ella se vertían y por los discursos que se pronunciaban. En una de esas discusiones (29 de Mayo) el Presidente del Congreso, Don José María Aguirre, diputado por Coahuila y Nuevo Leon, combatiendo el proyecto de facultades extraordinarias al Ejecutivo, se acordó del tratado Mac Lane-Ocampo.

"¿Qué es lo que ha hecho el Gobierno, decía, en cinco meses que ha tenido facultades omnímodas? Nada, ciertamente. ¿Y se cree que ahora, como por encanto, luego que se le concedan estas facultades ha de hacer efectivo lo que ántes no pudo? Esto es imposible. Por otra parte, las garantías que se trata de suspender no se quitan á la reaccion, sino á los ciudadanos pacíficos que serán quienes se resientan de ese mal; así mismo, en mi concepto son innecesarias porque se suspenden para todos los ciudadanos, cuando por

ejemplo en Morelia y Nuevo Leon nada tiene que hacer la suspension, supuesto que allí no han llegado los reaccionarios. ¿Cómo se trata, añadió, de dar facultades omnímodas al Gobierno que allá en Veracruz puso á los piés de los norteamericanos la dignidad y el decoro nacional con el tratado Mac Lane, por el cual se concedía á aquellos el derecho de atravesar armados por nuestra República, y que en Washington se arreglaran los derechos que debían pagar los efectos que se introdujeran por la frontera? Para mí, el Gobierno traidor que ha hecho esto no merece ninguna confianza.»

Nutridos aplausos de los concurrentes á las galerías acogieron las palabras del diputado Aguirre, é hicieron que D. Manuel Ruiz, Ministro de Juárez en Veracruz y á la sazón diputado, le contestase rechazando los cargos que se le hacían al Gobierno, los que calificó de injurias.

La prensa se ocupó del incidente y D. Francisco Zarco, en un largo artículo que publicó en el SIGLO XIX, negó la traicion y trató de sostener que el tratado fué obra de los liberales que rodeaban á Juárez, los que creían que sólo con el auxilio de los Estados Unidos se podía terminar la guerra civil y restablecer la Constitucion. Como acerca de este punto hemos ya hablado ampliamente y á fin de no incurrir en repeticiones, no insertamos algunos párrafos del artículo.

En la sesion del 31 de Mayo, el diputado Aguirre pidió que con el fin de examinar el tratado y

juzgar de la conducta de Juárez en Veracruz, se remitiese el expediente de las negociaciones, así como las instrucciones que se hubiesen dado á D. José María Mata, Ministro de aquel en Washington.

Don Manuel Ruiz se opuso á esta peticion y pronunció un discurso cuyo tema fué el de que con el tratado sólo se había buscado salvar la dignidad nacional; pero estuvo poco feliz en su peroracion y no consiguió el objeto que se había propuesto pues precisamente lo que se había perdido con él era esa misma dignidad. Sin embargo de esta oposicion el Gobierno remitió al Congreso el expediente el 4 de Junio.

A distraer la opinion pública de este asunto, vinieron los sucesos que en ese mismo mes de Junio se desarrollaron, y que fueron el fusilamiento de Ocampo acaecido el dia 3, la muerte de Degollado ocurrida el 15 y la del general Leandro Valle el 23.

Sin entrar en pormenores que no son del caso, acerca del fusilamiento del primero y de la cuestion sobre quién ordenó esa ejecucion, nos limitaremos á decir que es un hecho que algunos oficiales conservadores pidieron la muerte de Ocampo por pesar sobre él la responsabilidad del tratado Mac Lane, sin llegar á afirmar como lo hace el Sr. Alvarez (1) que ésa fué la causa determinante de su muerte, cuando dice que Zuloaga lo

<sup>111</sup> *Estudios sobre la historia general de México. Tomo 6º,*

mandó fusilar como reo de alta traicion. Una serie de circunstancias lamentables y no bien conocidas aún, determinaron la muerte de Ocampo.

En tanto que estos sucesos tenían lugar en México, los Estados Unidos eran presa de la guerra civil y se discutían á cañonazos las cuestiones de esclavitud y de Union: de ámbos lados se luchaba encarnizadamente y la orgullosa nación que un año ántes quisiera imponer á México su voluntad y se preparaba á desmembrar nuestro territorio, temerosa ahora de que le aplicáramos la ley del talion, dirigía una nota casi humilde al Gobierno liberal pidiéndole que no reconociese la beligerancia de los confederados; "el triunfo del gobierno de los Estados Unidos puede depender de la decia, de una pequeña parte de la accion del gobierno y del pueblo mexicano." «Los archivos están llenos de quejas contra el gobierno mexicano por violacion de tratados, despojos y actos de crueldad contra ciudadanos norteamericanos, pero el Presidente no quiere hacer valer todavía esas reclamaciones, sino que espera á que el gobierno del Presidente Juárez tenga tiempo de cimentarse." ¡Qué diferencia entre este lenguaje y el usado por Buchanan un año ántes en su mensaje al ocuparse de México!

Los confederados por su parte enviaron agentes á México para decidir al Gobierno á que se inclinase á su favor, pero las circunstancias críticas por que atravesaba el país y los rumores de intervencion europea hicieron que Juárez no se deci-

diese por los Estados del Sur; por lo tanto, en vano fué que el famoso Mac Lane viniese á la Capital á abogar por la causa de los confederados recordando los servicios que los demócratas de los Estados Unidos habían prestado á los liberales mexicanos.

Este es el último episodio que merece relacionarse con el tratado de Veracruz, que, aunque no llegó á ratificarse, y no fué ciertamente por falta de diligencia de sus autores, quedará en la historia como una mancha indeleble que los liberales echaron sobre su partido, pues todos ellos, cual más, cual ménos, tuvieron algun participio en el tratado.

Ahora que la efervescencia ha pasado y que ya se pueden ir diciendo las verdades acerca de esa época luctuosa para la patria; ahora que con calma se pueden estudiar los documentos y los sucesos de entónces; ahora, será muy osado (y no creído) el que se atreva á negar que el pacto de Veracruz fué la obra maestra de todo el partido liberal y una monstruosidad que ni el ódio y la exageracion de los partidarios podrá disculpar jamás.

## XXXII

Las revoluciones que se sucedieron sin interrupcion desde la época de la independenciam hasta los días de la guerra de tres años, promovidas